

ó instruídos como V., estamos todos heridos de fastidio y agotamiento, vencidos antes de la acción, todos con almas de anarquistas á quienes ha faltado el valor del gesto.....

CARLEJO.

XVI

Al desembarcar en Marsella, donde debía detenerse un par de días para la definitiva liquidación de sus negocios, el anciano Merivet oyó con sorpresa que Ricardo manifestaba la intención de separarse de él, siguiendo solo el viaje.

— ¿Para qué? preguntaba Napoleón, mientras acompañaba desde el barco al camino de hierro á su caprichoso compañero... Anunciaste la llegada para el martes ó miércoles, ¿qué ganarás adelantándola un día? Ni habrá coche ni nadie que te espere.

— Esto es precisamente lo que deseo, contestó Ricardo, sonrojándose de su involuntaria confesión. Merivet se alarmó, con un gesto que habría hecho volverse en París á todo el mundo pero que en Marsella pasó desapercibido por haberse mezclado con otros muchos ademanes semejantes.

— ¿Cómo, infortunado, le preguntó, todavía estás en esas?... Esconderte para volver á su casa, tratar de sorprender á su esposa... Y yo era tan tonto que te creía curado. Merecerías que al llegar... Pero ante la emoción de Ricardo no tuvo ánimo para terminar la frase. «Ea, buen viaje, niño loco; y puesto que las verás antes que yo, da un buen abrazo á tu madre y á tu mujer de parte de su anciano amigo.»

No sólo los celos impulsaban á Ricardo á precipitar el regreso veinticuatro horas. Tenía prisa de estrechar á Lidia contra su corazón; pero no se atrevía á decirlo á Merivet, confesándole que después de haber soportado un año entero la privación de su mujer le parecía intolerable pasarse de ella un día.

Llegó por la mañana á Villeneuve, y un ómnibus destartado, con su conductor de blusa azul, y un rocín flaco y cojo se encargó de llevarlo á su casa con sus maletas. Iban andando lentamente á paso de tortuga; y como el sol iba subiendo en el horizonte y como los cueros del vetusto carricoche emitían repugnante olor de comida y de tabaco, Ricardo se sentó en el pescante, al lado del cochero, que un vaso de vino blanco tomado en una taberna del camino había vuelto locuaz. Era un antiguo trompeta del 3^{er} regimiento de cazado-

res, de la época en que el duque de Alcántara lo mandaba. Buen chico, el duque y que por dondequiera que había andado conquistó muchas hembras. No era extraño que se hubiera echado á perder la medula. Parece que su hijo, el pequeño Carlejo se daba gusto de la misma manera. El año antes se había escapado con la mujer de un colono de por aquí; en la última fiesta de la Ermita no se hablaba de otra cosa. El viajero había oído tal vez contar el caso.

Ricardo hizo una señal de negación y ya no habló más en todo el camino. Después de infructuosas tentativas de conversación, el cochero, que le oía tararear entre dientes, se imaginó que su parroquiano era aficionado á la música, y sacando de debajo del pescante un clarín llenó de abolladuras, roído por el cardenillo, se puso á entonar las tocatas del 3^{er} regimiento. Ricardo se cansó pronto de aquellos sonidos que le desgarraban los oídos y por otra parte al acercarse á su casa encontraba personas conocidas, que se extrañaban de verle en semejante avío. Así fué que una vez pasado Draveil, se bajó y tomó por el bosque, mientras el ómnibus seguía su camino, con música y al sol. En realidad, las anécdotas de su cochero activaban su malsano deseo de dar una sorpresa á horas y por caminos inesperados.

— ¿Qué hace? ¿Pensará en mí?

Este era el ritmo de su rápido andar, que no producía ningún ruido sobre el musgo elástico de un estrecho sendero por donde se iba á la Encina Priora. La campana de la Pequeña Capilla, cuyo tañido reconoció en el calor vibrante de la llanura, daba las doce. Escuchando estaba ese timbre conocido, cuando cerca de él se dejó oír un ruido de ramas, como una huida precipitada; al mismo tiempo, el ruido de un instrumento, de una azada, que vio encima de uno de los grandes hormigueros donde recolectan huevos para la alimentación de los faisanes. Sin duda un merodeador á quien había interrumpido en sus preparativos.

Sin volver á ocuparse de esto, continuó su camino, á paso involuntariamente más acelerado á medida que se acercaba al hogar, y no tardó en llegar al redondel de la Encina Priora, desde donde partían varias alamedas, entre otras una en cuya extremidad se distinguía la verja de su parque. Desde lejos le pareció que esta verja, ordinariamente cerrada, estaba abierta y que varias personas iban y venían. Algunos individuos salían del parque corriendo y daban la vuelta hacia la derecha, donde se distinguía un grupo, que formaba mancha oscura y agitada en la calva luminosa. Ricardo se encaminó allí, muy preocupado por el fantas-

mático silencio de aquella multitud. Toda la comarca estaba presente, Soisy, Draveil, guardias y gendarmes. ¿Qué ocurría, pues? Algo lúgubre seguramente, puesto que al mismo tiempo llegaba la carreta de los ahogados, dando tumbos en los baches del terreno.

— Ahí viene D. Ricardo, dijo uno. En seguida la multitud se separó con respeto, dejando ver un círculo distinto donde estaba en pie el juez Juan Delcrús y su escribano, el médico de Soisy y el de Draveil, hablando en voz baja con el Sr. Alejandro, delante de una forma inerte tendida sobre la hierba, y de la cual sólo se veían las piernas cubiertas de grandes polainas, pues el resto del cuerpo estaba oculto debajo de un enorme quitasol amarillo que lo cubría y lo ocultaba.

— Ah, mi querido Fénigan, es horrible, murmuró el magistrado con la fría entonación oficial, dando la mano á Ricardo, sin manifestar la menor sorpresa de verle. Las demás personas del grupo le saludaron, con aire aterrado, pero ninguna le enteró del accidente.

— ¿Qué es? preguntó, asaltado de súbito por una sospecha que puso descoloridos sus labios é hizo brillar sus ojos. Delcrús le miró estupefacto:

— ¿Pero no sabe V.?... Trátase del príncipe de Olmutz, fallecido según se supone hace dos ó

tres días y que acabamos de poner de nuevo en el sitio y posición en que Alejandro le encontró esta mañana.

Por orden del juez leyó el escribano á media voz de modo que Ricardo la oyera, la declaración que estaba redactando conforme á las indicaciones del antiguo mozo de comedor.

... El príncipe salió de Granburgo el viernes por la noche después de comer y el lunes por la mañana no había vuelto ; pero nadie se había alarmado por esto en la quinta, sobre todo los dos primeros días, porque esas ausencias eran comunes en él. La inquietud empezó el domingo cuando vieron que no asistía á la comida de su cumpleaños, para la cual se había convidado á los amigos de las cercanías. Sin embargo, con objeto de no asustar á la duquesa, permaneció encendido el salón gran parte de la noche y la juventud bailó un minué ensayado para el caso. El lunes por la mañana á primera hora, el general mandó á buscar al Sr. Alejandro, manifestándole su secreta inquietud. El Sr. Alejandro sonrió desde las primeras palabras, contestando :

— Pero mi general, vi ayer al Señorito Carlejo... y también anteayer.

— ¿ Dónde ? preguntó el padre alegremente.

— En el bosque, y siempre en el mismo sitio...

Un rincón del pequeño Sénart, en el distrito de la Encina Priora, donde todas las tardes, desde hace un mes, el príncipe espera recostado en los helechos y debajo de un enorme quitasol.... ¿ á quién?... nunca he tenido la curiosidad de averiguarlo ; pero si mi general lo desea....

— De ningún modo. Sin embargo, me extraña que estando tan cerca su campo de maniobras, no venga á Granburgo para tranquilizar á su madre. Si V. le ve hoy, le autorizo para prescindir del incógnito de la cita y darle este recado de parte mía.

El Sr. Alejandro lo prometió así, y sin esperar á la tarde, en el momento de volver á su casa de Uzelles, tuvo la idea de darse una vuelta por el bosque, siguiendo las verjas de los parques. Al llegar á la de los Fénigan, impulsado por un sentimiento inexplicable se inclinó y miró á lo lejos debajo de los árboles hacia el sitio donde el príncipe solía esperar. ¡ Cosa singular ! Aunque eran apenas las ocho de la mañana, el quitasol esperaba completamente abierto en el rocío y la hierba, muy abundante allí. También el enamorado estaba allí, sin duda durmiendo, pues el Sr. Alejandro, que lo llamó dos veces, no obtuvo respuesta. Entonces...

Aquí terminaba la declaración y el escribano se volvió hacia Alejandro, que siguió diciendo :
« Entonces levanté el quitasol y se me apareció

algo tan espantoso que eché á correr dando gritos. Los jardineros de D. Ricardo salieron y vino gente de todas partes; pero hasta que la justicia llegó de Corbeil no permití que nadie se acercara al cuerpo, ni que lo tocara ó lo moviese.

Hubo un murmullo de aprobación.

— ¿Pero está realmente muerto? preguntó Fénigan, presa de indefinible emoción en que se adivinaba todavía más satisfacción que terror. El magistrado y su escribano se miraron sonriendo de manera fúnebre.

— Ya lo creo... mire V., dijo Delcrús, haciéndole ver al que había sido príncipe de Olmutz, el irresistible joven de la *cavata*, convertido ahora en una forma repugnante, sin nombre, una cabeza de muerto mal despellejada, ya esqueleto en algunos puntos, con fragmentos de huesos limpios, pulimentados y blancos como el marfil, y pedazos de carne desgarrada á manera de sanguinolento encaje. En las órbitas acuajaronadas de los ojos y de la boca, en los antros de las narices y de los oídos, en el contorno de la mandíbula, torcida por un resto de músculos, pululaban innumerables hormigas encarnadas, gusanos y cucarachas. Aquello era lo que tantas mujeres habían amado y acariciado, lo que había vuelto locos de celos á tantos hombres.

La curiosa multitud, que no obstante la resistencia de los gendarmes había seguido á Ricardo cuando se acercó al cadáver, retrocedió de espanto y de horror. Los que vieron el cadáver, referían pormenores á los demás, con exclamaciones de lástima, frases del pueblo que constituyen una verdadera imagen... « la cabeza agujereada como una linterna... » Y además, algunas risas sofocadas, como en los dramas demasiado terribles. De repente volvió el silencio, el silencio, emotivo de las asambleas, envuelto aquí por el zumbar de los mosquitos en la luz, el rumor y hormigueo de todos los insectos en la hierba. Era que al hacer una señal el magistrado se acercó la carreta de los muertos, rozando las ramas bajas; dos guardacazas pusieron en ella el cadáver, y uno de estos hombres tuvo la delicadeza de cubrirle el rostro con un pañuelo. Esos cuantos pasos bastaron para que los guarda-bosques vieran sus vestidos azules llenos de gusanos y de sangre.

— ¿Adónde lo hace V. llevar? preguntó en voz muy baja Ricardo á Delcrús, haciendo un esfuerzo para que el tono de su voz pareciera triste.

— Á Granburgo, por el camino de la orilla del río, á fin de no impresionar demasiado á los padres, que Alejandro tiene encargo de preparar. Los de Alcántara tienen en su quinta una sepul-

tura de familia y el entierro podrá efectuarse en seguida. Cuanto á una autopsia judicial, me parece que los dos Esculapios de sombrero de copa que vienen detrás de nosotros no sabrían hacerla solos. Esta cabeza deshecha los desconcierta. Suponen una muerte súbita, por congestión, enfermedad frecuente en la familia, y que sorprendió al príncipe debajo de su quitasol. Soy casi de su parecer; ó de lo contrario habría que imaginar un asesinato y luego la colocación otra vez del cuerpo en su posición y al abrigo acostumbrados, lo que sería un exceso de ferocidad... ¿ por qué?

Mientras hablaban seguían á la triste carreta que escoltaban el Sr. Alejandro y los gendarmes, por el estrecho camino de piedras y malezas que costea el parque de los Fénigan. La multitud fué disolviéndose poco á poco en grupos locuaces y se dispersaba por todos los senderos del bosque, cuando de pronto la voz de Ricardo, dominando el ruido de los pasos y el rechinar de las ruedas, interpeló con violencia al carretero, que cogía á su caballo por la brida, como para dar la vuelta y entrar en el parque.

— ¿ Eh, adónde va V. ?

Y al contestar el hombre que pasando por su finca se ganaría media hora y que el Sr. Alejandro lo había dicho, Ricardo lanzó un rugido de ira :

— Jamás... por ahí no pasará... ¿ En qué se mete ese inmundo lacayo ?

Delcrús se estremeció al notar lo excitada de la palabra y del ademán, que inmediatamente suscitaron en él mil ideas, casi sospechas, que no tardó en rechazar por esta sencilla reflexión : « Sí, fué el amante de su mujer ; pero ya hace mucho tiempo que eso acabó y que los esposos se han reconciliado. Además, los jueces de instrucción ven asesinos en todas partes. Siendo este el primer sumario de que me encargo, me importa no caer en semejante ridiculez... » Así llegaron á la verja y entonces Delcrús, después de hacer varios encargos á su escribano, saludó á los médicos y cogiendo á Ricardo por el brazo, lo arrastró hacia el parque con familiaridad : « Ahora, le dijo, vamos á ver á esas señoras. Esta mañana les prometí venir á enterarlas así que terminaran las diligencias... Me dijeron que no le esperaban á V. hasta mañana.

— Sí, pero la idea de llegar un día antes por el bosque y de darles la sorpresa me sonreía. Yo he sido quien me la he llevado y realmente espantosa.

El acento era sincero, lo mismo que la turbación de aquel rostro leal y robusto curtido por el siroco. El juez se reprochó la sospecha que le